

<https://doi.org/10.15446/mag.v39n1.118070>

SUPERFICIES CORRUGADAS: DE UNA ETNOGRAFÍA ARQUEOLÓGICA A UNA ARQUEOLOGÍA DE LOS INTERSTICIOS RELACIONALES

INTI BARRAGÁN*

Universidad Nacional de Colombia



*ibarraganv@unal.edu.co ORCID: [0009-0008-6248-764X](https://orcid.org/0009-0008-6248-764X)

Artículo de investigación recibido: 29 de septiembre de 2023. Aprobado: 29 de abril de 2024.

Cómo citar este artículo:

Barragán, Inti. 2025. “Superficies corrugadas: de una etnografía arqueológica a una arqueología de los intersticios relacionales”. *Maguaré* 39, 1: 203-235. DOI: <https://doi.org/10.15446/mag.v39n1.118070>

RESUMEN

En este trabajo analizo la ambivalencia de las relaciones sociales tejidas en campo en el marco de un proyecto de arqueología preventiva en el municipio de Maicao, departamento de La Guajira, Colombia, con énfasis en cómo estas obedecen a efectos y búsquedas de la posmodernidad. Dada la naturaleza de la vivencia analizada, me permito abordarla en clave de crónica acompañada de elementos y reflexiones propias de la etnografía arqueológica como enfoque teórico, para develar la multiplicidad de actores e intereses que toman parte en un escenario que oscila entre lo patrimonial y el extractivismo, y que, de igual manera, se nutre de las ficciones construidas por estos dos sectores inmersos en el multiculturalismo neoliberal.

Palabras clave: arqueología de contrato, etnografía arqueológica, neoliberalismo, posmodernidad.

**CORRUGATED SURFACES: FROM AN ARCHAEOLOGICAL
ETHNOGRAPHY TO AN ARCHAEOLOGY
OF RELATIONAL INTERSTICES**

ABSTRACT

This paper examines the ambivalence of social relations that emerged during fieldwork in a preventive archaeology project conducted in the municipality of Maicao, La Guajira, Colombia. I focus on how these social dynamics align with the effects of postmodernity. Framed as a personal chronicle of my participation in the project, the article engages with current debates in archaeological ethnography as its theoretical foundation. Through this lens, I aim to illuminate the complex web of actors and interests involved in an archaeological project that oscillates between the poles of heritage and extractivism, driven by the narratives constructed within the context of neoliberal multiculturalism.

Keywords: archaeological ethnography, contract archaeology, neoliberalism, postmodernity.

INTRODUCCIÓN

El presente texto procura cruzar el umbral de la crónica para adentrarse (y en lo posible salir ileso) en un inestable y turbulento campo del ensayo. Este trabajo, aunque nutrido de experiencias vividas (y para bien o para mal, vívidas) y relatadas en primera persona, tiene el objetivo de develar, en lo posible, las relaciones ambivalentes que se fraguan entre el ejercicio de la arqueología preventiva y la cotidianidad de comunidades locales con las que esta entra en estrecho contacto, procurando mostrar cómo dichas relaciones desembocan en resultados tan irónicos como contraproducentes.

La necesidad de recurrir al estilo narrativo de la crónica no es una decisión premeditada sino más bien una obligación metodológica o, si se quiere, no-metodológica, pues el sustrato vivencial del que se nutre este ensayo se ubica en la memoria y el recuerdo, y por motivos que se verán más adelante evade los métodos etnográficos formales como la entrevista, la encuesta o, incluso, el meticuloso registro en el diario de campo; tampoco podría considerarlo como una autoetnografía, dado que el testimonio y su posterior análisis parten de un ejercicio reflexivo llevado a cabo un considerable tiempo después de que pasaran los sucesos que narraré a continuación y no al instante de haber ocurrido, por lo que he de aceptar que en su momento no hubo un interés investigativo, interpretativo o de divulgación. Por otro lado, al ser este un pequeño intento de crónica, no asumo el carácter representativo de mi testimonio a escala gremial dando por sentado que todo aquel que ejerce profesionalmente la arqueología preventiva atraviesa este tipo de situaciones, sino que, por el contrario, resalto el carácter episódico del suceso aprovechando para hacer una militante invitación a pensar los estándares mínimos en términos de seguridad, contratación y estabilidad laboral dentro del ejercicio profesional de la arqueología que *sí* debemos procurar como gremio.

En lo referente al título, resulta necesario hacer una disección oportuna y separar de manera quirúrgica los elementos que lo componen: el uso de la *superficie corrugada* como categoría dentro de una amplia gama de posibilidades de decoración de piezas cerámicas (Argüello 2021) es sugerente no solo por su sinuosidad al tacto y a la vista, sino por su utilidad como metáfora, pues en esta característica textural convergen tanto la apreciación de un relieve mucho mayor –un relieve geográfico–

en el que se circunscribe el siguiente relato, como las corazas sociales que envuelven a los actores que se describirán a continuación y cuyas fricciones proyectan las chispas que nutren las experiencias vividas y acá contadas; además, la *superficie corrugada* también constituye el rasgo identitario principal de una de las vasijas cerámicas que, como objetos fetichizados por la arqueología, fungen como eje central de este relato y también de un sinfín de proyectos de arqueología preventiva.

En cuanto a la *etnografía arqueológica*, opté por seguir lo propuesto por Hamilakis y Anagnostopoulos (2009), Hamilakis (2011) y Gnecco (2017a) para este burbujeante terreno en ebullición y tomarlo como una metodología –o como la definiría Hamilakis, una “etnografía de abajo hacia arriba” (2017, 64-65)– de lectura de primera mano de relaciones sociales y de poder que se enmarcan temporal o permanentemente dentro del desarrollo de proyectos diseñados para abordar esa entidad difusa que a veces es el *patrimonio arqueológico*. Aunque la influencia de los postulados de Hamilakis pretende ser el eje teórico de este ensayo, considero útil hacer una precisión respecto a algunos aspectos metodológicos centrales de su propuesta de etnografía arqueológica de los que tengo que prescindir: es fundamental la noción de *espacio* en su forma de procurar el flujo en las relaciones transdisciplinarias y transculturales donde no solo se invita al diálogo, sino también a la reflexión y a la crítica del ejercicio arqueológico (Hamilakis y Anagnostopoulos 2009); sin embargo, soy consciente del carácter monovocal de mi relato y su renuencia a acoger otras visiones o testimonios relacionados. Al respecto, he de hacer un *mea culpa* reiterando que su punto de origen es el recuerdo y que, por su misma naturaleza, me es imposible recurrir a la versiones de personas con las que viví tal episodio, pues perdimos todo contacto una vez terminado el campo y finalizado el contrato laboral; además, la misma acción de trabajar sobre lo recordado evidencia la falta de propósito analítico del momento en cuestión, pues no practiqué entrevistas, encuestas ni recorridos, ya que para entonces no concebía el presente texto como un proyecto en curso.

Por último, con el engañoso término de *arqueología de los intersticios relacionales* pretendo deformar a voluntad –y reconociendo cierta intención de provocación– las propuestas sobre la *relacionalidad* de Cristóbal Gnecco (2009), en cuyo artículo “Camino de la Arqueología: de la violencia epistémica a la relacionalidad” propone dicho término como

una serie de estrategias programáticas encaminadas hacia un acto decolonial que necesariamente desestabilice las formas de subalternización propias del Estado moderno y las instituciones que lo representan, como la academia; y de Nick Shepherd (2017), que en su libro de ensayos *La mano del arqueólogo. Ensayos 2002-2005*, contempla esta relacionalidad como las conexiones o vínculos que, independientemente del tiempo y su periodización modernista, se mantienen vigentes entre personas vivas, personas muertas, su materialidad y el paisaje que habitan (Shepherd y Haber 2017). Tomando estas diferentes pero cercanas acepciones del término, procuraré atraerlas hacia la observación de las pautas sociales que construyen las relaciones entre diferentes actores como las comunidades locales, los obreros (en este caso indígenas), los ingenieros residentes, los interventores, los topógrafos, los arqueólogos, etc., y que toman lugar, aunque sea efímeramente, en un breve escenario de arqueología preventiva.

Volviendo al objetivo de este artículo, mi tesis principal es demostrar, emulando la manera levistraussiana, cómo la lucha de opuestos que enfrenta a la arqueología como dispositivo de la modernidad contra la condición de subalternidad otorgada a los *otros* fronterizos queda resuelta en la posmodernidad con ambos contrarios obrando en función de la misma entidad supraestatal que en este caso es el capital. Para este punto me baso en la noción de posmodernidad como la plantea David Harvey (2012), en su libro *La condición de la posmodernidad. Investigación sobre los orígenes del cambio cultural*, en donde la describe como un momento histórico caracterizado por varios elementos como la producción y circulación del capital bajo el modo de acumulación flexible; la construcción efímera de los lazos sociales y las relaciones de producción; la revalorización de los aspectos tradicionales de las subjetividades dentro de un nuevo aparato multicultural; y la crisis en las formas de experimentar las categorías de tiempo y espacio. El objetivo de relacionar este aparataje teórico referente a la posmodernidad con la realidad contemporánea de la arqueología preventiva radica en la necesidad de aceptar que el proceder actual de la disciplina, que históricamente ha servido a los propósitos de la modernidad, ahora ha sido instrumentalizado por el neoliberalismo multicultural, insertándolo en las lógicas del capital y emparentándolo con otras prácticas propias de la posmodernidad con el objetivo de situar las responsabilidades de un

Estado-nación en el ejercicio de la *responsabilidad social corporativa* de las empresas privadas nacionales o multinacionales; por lo tanto, sus antiguas funciones modernistas, como la creación de identidades nacionales y cronologías evolutivas y unilineales, han mutado a la función de herramienta útil en proyectos de desarrollo para habilitar la intervención en las áreas de impacto donde estos se realizan.

Finalmente, pretendo hacer un análisis a la luz de la bibliografía desarrollada por algunos autores que se han preocupado por los usos sociales de la arqueología (Gnecco 2009; 2017a; Londoño 2012; Ayala 2014; Shepherd y Haber 2017; Shepherd 2017), así como por las relaciones bidireccionales que esta ha tejido en las últimas décadas con la lógica del capital en un mundo abiertamente neoliberal (Hamilakis 2007; 2011; 2017; Ayala 2017; Gnecco y Schmidt 2017a), para delimitar de manera más precisa los aspectos que ratifican que el desarrollo de la praxis arqueológica preventiva se está dando desde hace ya cierto tiempo dentro de los límites plásticos y moldeables de la posmodernidad.

EN CONTEXTO: VACAS, CERDOS, GUERRAS Y BRUJAS

No huye a cualquier lector que de una manera u otra haya iniciado alguna formación en el brumoso campo de la antropología la referencia a la que el anterior subtítulo quiere aludir; en efecto, es al corto libro de Marvin Harris (2018) en el cual de una manera sagaz y sorpresivamente convincente logra declarar como evidentes las relaciones de costo/beneficio que no solo permean, sino que construyen las relaciones y las dinámicas sociales. Aunque el propósito de este libro es resuelto en sus páginas, su título también encaja cual plantilla para describir el escenario geográfico, político y económico –y, por qué no, tal vez hasta metafísico– en el que se sitúa este relato: La Guajira.

Curiosamente, dicho libro como objeto y como revelación hará una aparición a modo de un *Deus ex machina* al finalizar el relato, consolidando así una reflexión final en torno a la praxis arqueológica como un ejercicio corporativo y su inevitable y ambivalente relación con la perturbable cotidianidad de las comunidades locales con las que este se cruza –o se estrella–. Pero antes, evadiendo la posibilidad de revelar desde ya las conclusiones a las que lleva este relato, vale la pena aclarar que, aunque Marvin Harris está siendo en sí un punto de partida acá, su máxima teórica –el materialismo cultural– no será considerada como

una suerte de marco teórico que se use para desenmarañar e interpretar las experiencias por contar, ya que, más por acción que por omisión, huye de las formas simbólicas –y podría decirse que hasta antieconómicas– a las que recurren las sociedades para obrar, nombrar, catalogar o resaltar aquello que intencionalmente no puede ser comunicado en palabras y que, por ende, entra en el campo de lo subliminal –y que, por cierto, en este relato, abundan–.

* * *

A mediados de diciembre de 2021, bajo la flexible forma de contratación llamada Orden de Prestación de Servicios (ops), una empresa de consultoría ambiental nos convocó a tres arqueólogos (un tanto incautos y bastante inexpertos) sin dilación a un proyecto emergente que hasta ahora se estaba consolidando en una apartada zona rural entre los municipios de Uribia y Maicao, en el departamento de La Guajira. Nuestra presencia, requerida sin demora por la empresa, y aún más, sin claridad, en el marco de una reunión pactada entre la comunidad de la ranchería del área de influencia y los representantes de la empresa, pasó casi sin ser advertida, pues los temas que necesitaban tratarse en dicha reunión no tocaban directamente el motivo por el cual nosotros (los arqueólogos) estábamos ahí.

El territorio en disputa por las partes rápidamente había dejado de ser geográfico para convertirse en uno económico y ligeramente político. Aunque la debida consulta previa que precede estas pugnas ya había tomado lugar algunos meses antes, se estaba discutiendo de manera puntual cuánto dinero pagaría la empresa contratante a la comunidad, encabezada por sus líderes, por el uso del espacio y disposición de los recursos del territorio de la ranchería para construir una plataforma exploratoria que pretendía hallar y explotar depósitos de gas natural. Tras una calurosa jornada de idas y venidas de ofertas y contraofertas, hizo su aparición cual invocación profética la matriarca y jefe del clan wayúu que se asentaba de manera centenaria en la árida y extensa explanada que ahora prometía convertirse en una tímida mina de oro gaseoso. La matriarca, luego de su teatral aparición, resolvió con dos o tres frases en un muy decidido wayuunaiki que la comunidad, recogida en su verbo, no aceptaba la suma propuesta por la empresa y, acto seguido, a lomos de una intrépida moto acostumbrada al desierto guajiro

conducida por uno de sus muchos descendientes varones, desapareció de la enramada bajo la que nos reuníamos.

El equipo negociante de la empresa, con una aparente confusión, se mostró respetuoso de la voluntad comunal manifestada en la decisión de la matriarca, no sin antes aceptar para sus adentros que ya tenía previsto el siguiente paso en el curso de una negociación fallida: subir su monto inicial y llegar a un punto medio entre su cantidad propuesta y la que exigía la comunidad.

Sin saberlo, mis colegas arqueólogos y yo asistimos no solo a una convulsa expansión de la frontera capitalista, sino también a una guerra simbólica entre dos opuestos que, pese a su ritualidad, lograba que la comunicación fluyera por el canal subliminal en el que los actos eran el subtexto de los enunciados y, como buen subtexto, revelaban los objetivos reales de ambos bandos negociantes. La negociación en sí misma era todo un evento performativo en el que ambas partes, haciendo uso de una fantástica teatralidad, fingían no encontrar un terreno común para establecer un acuerdo, generando así –y fingiendo no reconocerlo– un nuevo espacio a futuro que permitiera el reconocimiento a una escala pública y por escrito de la “voluntad altruista y multicultural de la empresa al acatar los términos de la comunidad” y la “benevolencia de la comunidad al no detener la locomotora del progreso”.

Teniendo como punto de encuentro la misma enramada, las dos partes se volvieron a reunir ya pasadas las fiestas de diciembre y Año Nuevo para, finalmente, y después de todos los ritos autogratificantes, llegar a un acuerdo. Se acordó destinar un área delimitada para la construcción de la plataforma junto con sus adecuaciones necesarias, además de contratar mano de obra local y –acá viene la parte más importante– pagar al contado y aparte del monto acordado una suma por el rescate arqueológico de dos presuntas urnas funerarias que previamente habían sido referidas en la fase anterior de prospección arqueológica, y que por su decoración –la cual era corrugada– se presumía que eran de una temporalidad anterior a la llegada del pueblo wayúu a la Península de la Guajira. Dicho monto serviría para costear los insumos necesarios para realizar el llamado *ritual de armonización* que permitiría resguardar espiritualmente a las familias de la ranchería y a todo aquel que tuviera contacto con las vasijas de los espíritus que, al ser perturbados por las labores arqueológicas, decidieran tomar represalias. En este último

punto del acuerdo se resolvió la necesidad de contar con un equipo de arqueólogos que asegurara la correcta obtención de los materiales y que de igual manera fuera partícipe del ritual de armonización.

Una vez establecido este acuerdo, se iniciaron las labores de construcción de la plataforma. Las nubes de arena fina se paseaban lentamente por el aire despedidas por el paso de la maquinaria que parecía nadar sobre las dunas. Las labores arqueológicas propiamente dichas no representaban hasta el momento mayor reto para nuestra corta preparación en campo, pues solo recogíamos uno que otro fragmento de cerámica que ocasionalmente floreciera de la arena y pudiera apenas distinguirse del tono caramelo del desierto, pero aun así, bajo el ardiente sol guajiro y el constante viento, caminábamos investidos por el hábito y la mitra científicas que nos dotaban de la temible autoridad no solo de dominar el discurso del pasado –o los pasados–, sino de detener sin consideraciones el curso de la obra. O así lo queríamos ver para justificar ante nosotros mismos nuestro tránsito a paso lento detrás del buldócer, siendo bañados por su bendición de arena.

Las primeras jornadas transcurrieron rutinariamente sin muchos cambios mientras que la pesada maquinaria en su dominio de los ríos de arena nos acercaba gradualmente mediante la construcción de la vía de acceso –de diez kilómetros– hasta la locación donde se planeó emplazar la plataforma. Ocasionalmente abandonábamos el aquejado tránsito del buldócer para adentrarnos en el camino proyectado y llegar a la pequeña hondonada donde las urnas reportadas asomaban sus bocas con labios corrugados por sobre la arena como esperando algún bocado. Luego de una recolección superficial de material cerámico en esa área a modo de colonización simbólica y reconocimiento científico, la acordamos tímidamente como declarando en esos pocos metros cuadrados la fundación de una República Arqueológica Soberana, intocable y fuera del alcance de las retroexcavadoras, o más exactamente y siguiendo esta analogía de las formas gubernamentales, un enclave de la ciencia y la historia enmarcado estrechamente en el país del progreso, los ingenieros y la maquinaria.

Para fortuna nuestra, los tres arqueólogos no fuimos los únicos artífices y asistentes de esa puesta en escena que fue el acordonamiento del área de las vasijas, pues ese día nos asignaron a tres trabajadores, no solo del área de influencia, sino del numeroso clan wayúu *Pana* para

que nos acompañaran en las actividades de monitoreo y posterior rescate arqueológico de las vasijas.

La cercanía con los trabajadores wayuú provista por la misma dinámica del trabajo no nos permite situarnos como arqueólogos en el mismo escalafón social y laboral que ellos, más aún si esto implica cómodamente para una moral autogratificante separarnos de nuestro rol activo, a veces autónomo y a veces instrumental, dentro de la ya mencionada expansión de la frontera del capitalismo –que además se dio en un lugar de frontera como lo es la Península de la Guajira–. Señalado esto, sí es conveniente reconocer la constante mutabilidad de las direcciones que tomaban las relaciones sociales que se construían entre los diversos actores presentes, poniendo la lupa en el ambivalente papel que teníamos los arqueólogos al mantener una relación laboral de prestación de servicios con una consultora ambiental cuyas instalaciones y personal de planta desconocíamos, y a la vez, representar como gremio la demora en la sed de avance de la empresa –también subcontratada– de obras civiles que se encargaba de construir la plataforma junto con sus adecuaciones. Pero toda esta presentación de engranajes dentro de la poco aceitada maquinaria del progreso merece su propio apartado.

INSTANTÁNEA DE LOS ACTORES EN ESCENA

Hasta ahora he mencionado someramente, y como si el lector o lectora los conociera, algunos de los actores estelares en este escenario de arqueología preventiva; sin embargo, ahora vale la pena hacer una mención más detallada de cada uno de ellos tipificándolos y aclarando sus funciones, siendo antes necesario recalcar el carácter fugaz del desarrollo de las actividades en campo, por lo que este solo podría ser una “foto instantánea”.

Si se hiciera el ejercicio un tanto predecible de otorgar una linealidad vertical y, por lo tanto, jerárquica al conjunto de actores presentes, debería iniciar de arriba a abajo por los inversores extranjeros –anónimos para nosotros los arqueólogos y para el resto de actores– que, seducidos por los resultados de los trabajos sísmicos en países como Colombia, deciden apostar sus sumas de capital a la exploración de hidrocarburos en campos emergentes como en el que nos encontrábamos. Esta inyección de capital es inoculada en el seno de empresas de hidrocarburos nacionales o multinacionales que fungen como dueñas o arrendatarias

de los predios en los que se iniciará la exploración y que, de igual manera, diseñan los planes exploratorios o de explotación. Estas a su vez contratan consultoras ambientales que llevan a cabo los estudios de impacto ambiental evaluando la afectación a la que pueden someterse la fauna, la flora y los ecosistemas en general, y también a empresas de obras civiles a quienes se les lega el diseño de las instalaciones y su realización. El componente de arqueología está tácitamente acuñado dentro de las actividades que se adelantan con el estudio de impacto ambiental, y el cúmulo de actividades en campo (de arqueólogos, ingenieros civiles, ingenieros forestales, topógrafos, etc.) es vigilado de cerca por empresas de interventoría que, contratadas por la empresa de hidrocarburos, velan por el sagrado cumplimiento de los tiempos de realización del proyecto.

Como suele ser acordado durante la consulta previa, la mano de obra debe ser de procedencia local, por lo que casi la totalidad de actividades en campo está aderezada por la presencia de los pobladores de los caseríos cercanos al área de intervención y que, en este caso, pertenecían a la ranchería wayúu donde nos encontrábamos.

Aunque esta aparente verticalidad incita a otorgar un orden jerárquico a este conjunto de actores, es necesario reafirmar el carácter multidireccional que tomaron los intereses y responsabilidades particulares, y en el que también se tejieron las relaciones sociales que nos envolvieron. De esta manera, aunque la fuerza laboral indígena se encargaba de las funciones que requirieran de un alto esfuerzo físico y que eran impartidas por los ingenieros o por nosotros, los arqueólogos, si así lo convenían podían detener el curso de la obra tomando vías de hecho para reclamar una mayor contratación de miembros de la comunidad o el pago oportuno de sus salarios, por citar algunos motivos. De la misma manera, aunque los arqueólogos dependiéramos del avance de la maquinaria y estuviéramos restringidos a actuar dentro de los límites físicos del polígono adquirido por la empresa, teníamos también la capacidad de detener el curso de la obra si la remoción de suelos afectaba la integridad de algún contexto arqueológico.

Por su parte, los variados equipos de ingeniería (civiles, forestales y de interventoría) también toman lugar en la escena estableciendo los lineamientos para la realización del proyecto en términos de tiempos, avances y fechas límite; sin embargo, sus responsabilidades no son las mismas y ocasionalmente suelen cruzarse unas con otras generando

roces que, al ser cuidadosamente observados, pueden develar la urgencia de determinados procesos y su prelación sobre otros que pueden pasar a un segundo plano.

UNA ABDUCCIÓN ALIENANTE. DE VUELTA A LA CRÓNICA

Para inicios de febrero de 2021, las actividades en campo se habían tornado pesadamente monótonas, pues el desembolso de dinero que la empresa había asegurado a la comunidad por la extracción de las vasijas no se había efectuado aún, causando cierto malestar entre los obreros rasos provenientes de las rancherías cercanas. En la medida en que la comunidad no había recibido dichos fondos, tampoco había comprado los insumos para la realización del ritual, los cuales constaban de algunas reses, varios chivos y una nada austera cantidad de chirrinche de fabricación local.

La ausencia de estos insumos no solo empezaba a poner en tela de juicio la confianza puesta en el acuerdo entre la comunidad y la empresa, sino que también retrasaba la fase de rescate arqueológico que nosotros, en una intoxicante avidez de “campo”, deseábamos desde que pisamos el ardiente suelo guajiro. Dado que para entonces las labores de registro de remoción de suelos por parte de la maquinaria eran pocas y considerablemente fáciles de hacer, los tres arqueólogos decidimos turnarnos diariamente para ir a la locación; por lo tanto, convenimos que uno de nosotros iría mientras que otros dos se quedaban en el hotel (contratado por la empresa, a algunas cuadras del centro de Uribia y a cuarenta minutos en carro de la locación donde se construía la plataforma) adelantando la redacción del informe con las actividades llevadas a cabo hasta el momento.

El azar dedujo que sería yo el primero en ir solo a la jornada de trabajo bajo estos nuevos parámetros, por lo que al día siguiente salimos oportunamente temprano el conductor y yo. El clima tibio y fresco, propio de la madrugada guajira, auguraba un agotador día soleado. Ya habíamos recorrido el tramo necesario a lo largo de la vía nacional entre Uribia y Maicao hasta tomar el habitual desvío que nos adentraba diez kilómetros en la corrugada superficie del desierto cuando vimos a un grupo de obreros que iniciaba el largo periplo hasta la locación, por lo que el conductor decidió hacer un alto para subirlos en el platón de la camioneta –acto que, es necesario aclarar, las empresas prohíben férreamente– para después continuar el trayecto, cuando súbitamente fuimos interceptados por un grupo de cuatro personas fuertemente

armadas que salieron de los incipientes arbustos que apenas cubrían las laderas del camino. Ante la nefasta sorpresa, el conductor frenó de golpe y levantó las manos mientras los sujetos armados se acercaban cautelosamente pero con movimientos ágiles a nuestra camioneta, y en lo que dura un suspiro, el conductor ya estaba sentado a mi lado y uno de ellos ya había ocupado su lugar frente al volante.

Cuando estuvimos todos dentro de la camioneta, el sujeto armado que hacía las veces de conductor no dudó en iniciar la marcha con toda la velocidad posible continuando algunos cientos de metros por el camino ya trazado hasta que halló el desvío más conveniente y, tomándolo, nos adentró aún más en el ya desconocido desierto. Pocos minutos después de haber tomado ese desvío caí en cuenta de la gravedad de la situación que el conductor y yo estábamos viviendo y que quedó ratificada por las primeras preguntas formuladas por uno de los asaltantes “¿ustedes son los ingenieros?” y “¿dónde están los ingenieros?”. En efecto, era un intento de secuestro, uno del que esperaban cobrar algún rescate a la empresa de la que, los asaltantes suponían, éramos ingenieros.

Las dunas áureas de esa mañana apenas oponían resistencia al violento y raudo tránsito de la camioneta, al tiempo que los asaltantes, al oír de nuestros débiles hilos de voces que no éramos los ingenieros que buscaban, estallaron en cólera. La preocupación por la inminente falla en su poco planeado golpe los llevó a echar mano de otros medios por los que pudieran procurarse una ganancia económica aunque fuera mínima, por lo que sin perder tiempo y entre golpes e insultos nos despojaron al conductor y a mí de nuestros celulares y del dinero de nuestras billeteras, mientras seguíamos avanzando a toda velocidad por un camino que no existía y que, por ende, era tan eterno como ellos querían. El sopor miasmático que generaba el hálito pesado que se respiraba en la camioneta, y que era alentado por el aire caliente que despedía la corrugada superficie del desierto, solo podía ser comparado con el que narra Michael Taussig en su icónico *Mi museo de la cocaína* (2020), cuando habla de la pesada atmósfera que transpiran los manglares y lodazales de los ríos que bajan de la cordillera y fluyen hacia el Pacífico; cabe acá la mención de esta referencia que se sitúa en parajes tan alejados y tan opuestos en todos sus aspectos a la árida vastedad del desierto guajiro, porque la experiencia sensorial los relaciona. Así pues, lo que reúne estos dos escenarios no solo es el carácter sofocante de los entornos

en los que se inscriben, sino también la avidez de oportunidad para reclamar al azar o al desprevenido todo lo que la ausencia de un Estado centralista ha negado históricamente a escala regional y cuya obtención solo puede permitirse en los más liminales de los espacios, que en esta ocasión eran fronteras físicas y culturales y, por ende, tierra de nadie.

Llevábamos ya un tiempo considerable recorriendo las inmensidades del desierto y acercándonos cada vez más a la apenas visible cadena montañosa que separa a Colombia de Venezuela, a la altura de la ranchería Yotojoroin, cuando el conductor, degradado a rehén, empezó a hablar temblorosamente rogando un poco de aire fresco entre bocanadas cada vez más desesperadas. Los asaltantes, que un par de kilómetros antes habían celebrado efusivamente haber pasado de cierto punto y asegurando así por lo menos la propiedad autodeclarada sobre el botín obtenido (la camioneta y nuestras pertenencias), sorpresivamente no ignoraron sus súplicas y aseguraron que tras cruzar unas cuantas rancherías más nos dejarían libres, pues después de todo, al estar en tierra wayúu, no podían tomar la decisión de desaparecernos porque eso implicaría desaparecer también a los obreros que aún llevábamos en el platón y tal acto podría ser considerado como una declaratoria de guerra entre clanes. Atendida la súplica, esperamos los que serían los minutos más interminables hasta que nos detuvimos de repente en una explanada lo suficientemente amplia y despoblada como para no distinguir nada que no fuera desierto en algunos kilómetros a la redonda.

El conductor y yo bajamos de la camioneta con el miedo visible en nuestros rostros mientras los obreros, que habían soportado el sol y lo inestable del improvisado camino, empezaban a bajar torpemente del platón cubiertos por una uniforme capa de arena brillante. No sabíamos para ese momento si esa parada tenía como finalidad ultimarnos o abandonarnos en medio del desierto, así que después de una meticulosa requisa ejercida por los asaltantes en la cual nos terminaron de despojar de cualquier rastro de propiedad privada que quedara en nuestros cuerpos, apuntaron con sus armas a las huellas que la camioneta había dejado sobre la arena y nos ordenaron que empezáramos a caminar sin voltear a mirar a atrás. No habíamos dado unos pocos pasos cuando oímos que la camioneta, con todas nuestras pertenencias adentro, ya había iniciado su marcha a toda velocidad para volverse a perder en el desierto y seguramente llegar a Venezuela.

Nuestro lento y penoso paso en medio de la nada estaba ambientado por los ruidosos silencios que cada uno profería en señal de resignación, cuando pocos minutos después uno de los obreros vio a lo lejos el único poste que se erigía en esa parte del desierto y, sin mediar muchas palabras, nos dirigimos hasta él recorriendo unos dos o tres kilómetros bajo el sol del mediodía. Al llegar vimos una austera enramada que advertía la presencia de un pequeño salón de clases que se apoyaba en el poste como para no caerse. Debía ser el colegio de aquella comunidad y, detrás de este, había una casa con las ventanas casi tapiadas para impedir la irrupción de la arena en las tormentas y ventiscas. Nos acercamos, no sin cierta cautela, y fuimos recibidos por la familia que vivía ahí. Tras haber contado nuestra historia, la familia accedió a regalarnos un par de minutos del único celular que tenían y el conductor hizo una llamada que, a pesar de la poca cobertura del lugar, pudo comunicarlo con la empresa para la que trabajábamos, situada en Bogotá. Luego de una muy somera relatoría de los hechos, acordaron que esperaríamos la llegada de un miembro del clan *Pushaina* que también trabajaba para nuestra empresa como intérprete, para que nos llevara a Maicao, la ciudad más cercana, para poner el denuncia en la estación de policía.

Días después de que la obra hubiera sido detenida por el estupor del caso, volvimos a la locación más por terquedad que por compromiso, pues era nuestro primer rescate arqueológico y no queríamos desaprovecharlo. Pasaron un par de semanas hasta que el tan anhelado rescate se convirtió en una realidad y, al ser tan solo dos vasijas que, suponíamos, habían sido enterradas en un único evento depositacional, se decidió practicar un corte de 9 m² que superara el área ocupada por las vasijas y que también permitiera identificar otros elementos que pudieran haber estado asociados al enterramiento de estas, como fogones, osamentas, artefactos o alguna especie de ofrenda que fuera fruto de la realización de un ritual al momento de su enterramiento.

La primera jornada comenzó con bastantes expectativas por nuestra parte y con las miradas indiscretas de algún ingeniero curioso que intencionalmente se paseaba por el área de nuestra excavación para corroborar el ya declarado misterio de nuestro trabajo. Llamaba la atención la reticencia a entrar en contacto directo con las vasijas que manifestaban los obreros que nos habían asignado y, por lo tanto, se limitaban a retirar afanosamente los baldes llenos de arena que los

arqueólogos llenábamos rápidamente uno tras otro. Los niveles artificiales de 10 cm de profundidad iban cediendo dócilmente al filo de los palines, mientras que la arena extremadamente fina y suelta del nivel superficial que rodeaba el corte caía dentro de este como pequeños hilos de agua que inundaban las esquinas, y así progresivamente las vasijas iban descubriendo sus volúmenes y sus texturas ante la vista de todos.

Dado lo reducido del contexto arqueológico, el rescate no tomó más de tres días y, en el último, algunas familias de la ranchería local decidieron llevar a cabo el ritual de armonización a pocos metros del corte, sacrificando una res para cocinarla al tiempo que efusivamente repartían tragos de chirrinche entre todos los asistentes, incluyéndonos a los arqueólogos. El efecto apotropaico de la profusión de comida y bebida no solo residía en ahuyentar a las entidades que, al ser perturbadas durante la excavación, pudieran herir o afectar a los presentes, sino que también procuraba, mediante la unión comunitaria, recoger a los miembros de la ranchería en una sola celebración, reafirmando así los lazos de parentesco que los unían y haciéndolos partícipes del acuerdo con la empresa. A su manera, la comida y la bebida también se usaron para alimentar a los espíritus que, desorientados por nuestra labor, salían de sus recintos de arena y barro cocido y corrugado. Así que, una vez sacrificada la res, se desangró con un corte practicado sin vacilar sobre las venas del cuello, y la sangre, que brotaba enérgicamente en un chorro uniforme, era recogida en una tina para ser usada después.

Aunque la jornada transcurría con una aparente calma, se respiraba en el ambiente cierto aire de malestar, ya que a raíz del robo ocurrieron algunas fricciones entre familias adscritas a la ranchería, revelando así lo corrugado de las corazas que empezaban a formarse en torno a cada familia, quienes reclamaban ante una repartición poco justa de los dineros obtenidos, haciendo que algunas de ellas decidieran celebrar el ritual en sus respectivas enramadas. A esto se sumaba un descontento ya manifestado hacia la líder de la comunidad, quien había sido designada por la matriarca para recibir y repartir los dineros ofrecidos por la empresa en el marco del acuerdo. Dicho descontento parecía ser sintomático del malestar que venía causando desde hacía ya un tiempo el hecho de que la líder de la comunidad se privara de vivir en la ranchería y optara por la vida un tanto más citadina que ofrecía Maicao.

No haría justicia a la verdad el no mencionar otro agravante que había sucedido en los días anteriores y que, como consecuencia, también había generado el cese de actividades durante un par de jornadas: una mañana en la que ya habíamos empezado a retomar el ritmo habitual de las labores después del robo, irrumpió en la locación una camioneta particular que recorría a toda velocidad el polígono de la plataforma buscando específicamente a uno de los obreros rasos con el objetivo de arrollarlo. Días después, y de boca de los obreros que nos acompañaban en nuestras labores, nos enteramos de que el conductor y los pasajeros de la camioneta estaban en un alto estado de alicoramiento y querían cobrar una venganza personal en contra de la persona que buscaban, ya que su familia había recibido, al parecer, más de lo que les correspondía en la repartición del dinero.

Dentro de la excavación finalmente llegamos a la profundidad en la que la arena ya se mezclaba con una arcilla extremadamente blanca y fina, lo que nos advertía que nuestra abstracción llamada “estrato cultural” estaba llegando verticalmente a su fin. El avance hasta este punto nos permitió asegurar que no había otros materiales asociados a las vasijas –además de uno que otro fragmento de estas–, por lo que avisamos a la comunidad reunida afuera del corte que íbamos a hacer el levantamiento para finalizar la excavación. Inmediatamente tanto los hombres como las mujeres mayores se levantaron de sus asientos y, acomodándose dentro y fuera del corte, tomaron turnos para ofrecer rezos en wayuunaiki augurando la culminación del ritual e invitando a los espíritus a ascender tranquilamente, ya que todo el clan, junto con nosotros, había comido y bebido en abundancia. En ese momento resaltó el rezo de uno de los mayores quien, con machete en mano, rasgaba una y otra vez la arena compacta que rodeaba las vasijas mientras pronunciaba fuertemente sus palabras, y también fue particularmente efusivo el rezo de una señora mayor que de manera decidida regaba chirrinche sobre las vasijas. Llegado el momento de levantarlas y siendo nosotros los arqueólogos los únicos que tuvimos contacto físico con ellas, varios mayores que estaban alrededor nuestro nos rociaron con chirrinche escupido directamente de sus bocas, bañándonos en una lluvia etílica interminable. Cuando ya habían quedado sobre la superficie del corte las improntas que las vasijas habían dejado desde su colocación, llenaron dos botellas de plástico con la sangre de la res sacrificada y las dispusieron

en dos huecos excavados en los lugares exactos donde las vasijas habían sido enterradas, para después regarlas con más sangre y chirrinche. Así, finalmente y después de haber embalado cuidadosamente las vasijas, terminamos nuestro rescate con una poco disimulable borrachera.

Las labores en campo finalizaron algunas semanas después con la culminación de un rutinario monitoreo a la excavación de una fosa. Durante estas últimas jornadas tuve la compañía del ya mencionado libro *Vacas, cerdos, guerras y brujas. Los enigmas de la cultura* de Marvin Harris (2018), pues, guardado entre los bolsillos de mi maleta de viaje que permanecía en el hotel, se salvó del robo y lo redescubrí entre mis pertenencias restantes después de volver de Maicao donde había interpuesto la denuncia por el robo.

Habiendo leído ya uno que otro trabajo de Harris, no me sentía animado a leer otro más cuando recibí este como regalo algunos meses antes. Sin embargo, tenerlo como única opción de lectura nos ponía al libro y a mí en una posición incómoda uno respecto al otro, y no tuve otra opción que aliviar el pesado aburrimiento de un monitoreo arqueológico leyéndolo. No pienso hacer de este un espacio donde discuta los postulados que Harris ofrece para explicar las razones económicas que llevan a los individuos y a las sociedades a optar por una decisión en vez de otra, pero sí recalco la fría ironía con la que Harris, al narrar las relaciones de costo/beneficio que constrúan las tradiciones y tabúes que estructuran las sociedades, paradójicamente también narraba las relaciones de costo/beneficio que sostienen todo el marco de la *responsabilidad social corporativa* que en esta época posmoderna lleva a las empresas no solo a incluir trabajos de arqueología, sino también a aceptar cual maquinaria industrial los dispositivos multiculturales que permiten la instrumentalización de las subalternidades al ponerlas al servicio de la lógica de rotación del capital.

Ahora bien, al ser el objetivo del presente artículo el desvincular este ejercicio de arqueología preventiva de las búsquedas y los alcances de la modernidad para apreciarlo en la complejidad y particularidad del momento histórico en el que se circunscribe actualmente, resulta necesario analizar el escenario narrado previamente y tomar con pinzas los elementos que, como propongo, ahora se tornan propios de la posmodernidad y del neoliberalismo como su modelo económico.

LA ARQUEOLOGÍA PREVENTIVA EN EL MARCO DEL NEOLIBERALISMO MULTICULTURAL

El investigador y periodista Luis Daniel Botero Arango sostiene que el objetivo del neoliberalismo es “recomponer las grandes economías en crisis, a expensas de otros que pudieran proveerles riquezas, [...] sobre la base de intercambios, desiguales y condicionados, que benefician a quien pone la mayor parte del capital” (Botero 2021, 30-31). Esto, a una escala global, se aprecia en el socavamiento de las estructuras democráticas de los Estados-nación y la despolitización de lo público al someter los recursos nacionales a la lógica del mercado, en donde las naciones más pobres quedan subordinadas económicamente a sus pares más ricos (Botero 2021). Esta estructura de dominación con base en lo económico se reproduce, cual fractal, a escalas más pequeñas y en ámbitos más locales como el nacional o el regional, en los que las comunidades están obligadas a asumir la penosa decisión entre mercantilizar sus pasados, costumbres, paisajes y territorios para ser partícipes de una pequeña parte en la circulación del capital, o declarar una resistencia abiertamente violenta y disruptiva que se sale de los canales que el mismo neoliberalismo diseña para manifestar disensos y oposiciones (Gnecco 2017c). Sobre este tópico, el antropólogo Anthony Dest ha puesto la lupa en lo que denomina la “dialéctica autonomía/inclusión” (Dest 2021, 23), refiriéndose a los desencantos que han sufrido algunas colectividades étnicas en Colombia con el reconocimiento de la alteridad que el Estado multicultural neoliberal establece como mecanismo de asimilación a la sociedad nacional, delimitando y legitimando solo los escenarios de activismo político y social que considere moderados e inofensivos. En esta misma dirección, el antropólogo colombiano Mauricio Caviades (2011) delinea exitosamente, mediante un riguroso análisis discursivo de la prensa entre 1982 y 1996, la forma en la que la representación política indígena fue cuidadosamente transformada por los herederos del bipartidismo tradicional colombiano para generar espacios de activismo político que, además de ser intencionalmente limitado, también es funcional para la ideología dominante. De esta manera, podría afirmar, como lo hace la arqueóloga chilena Patricia Ayala (2017), que el multiculturalismo está íntimamente relacionado con el neoliberalismo o, incluso, podría ir más lejos y afirmar que se coproducen de la misma manera en la que Gnecco (2009) sostiene que lo hacen la modernidad y el colonialismo.

Estas contradicciones intencionales e inevitables entre el reconocimiento de la subalternidad y su instrumentalización mercantil tocan directamente el campo de acción de la arqueología, de tal manera que generan una disyunción entre los *métodos* y las *búsquedas* de la modernidad, siendo también instrumentalizados los primeros y pasados al campo de lo accesorio los segundos. Sobre esta disyunción es donde sostengo que es ahora la posmodernidad la que produce y define no solo las características del oficio, sino también sus nuevas formas de relacionarse con el *otro* contemporáneo. Si nos remitimos a la crónica anterior, podemos observar estas nuevas formas en la realización del ritual de armonización, no como una protección frente a entes de la realidad espiritual wayúu, sino como un instrumento necesario que garantice la óptima consecución de los objetivos del proyecto, que en últimas eran la construcción de la plataforma para la exploración de gas.

El análisis que Ayala hace de la arqueología contemporánea en el norte de Chile llega a la misma conclusión que ofrece nuestro ejemplo del ritual, pues la investigadora afirma que el neoliberalismo le ha proporcionado a la arqueología el aparataje multicultural que, pretendiendo la generación de nuevos espacios de diálogos y representaciones, sigue “reproduciendo relaciones coloniales de dominación, aunque ya no desde la negación y la exclusión, sino desde la inclusión” (Ayala 2017, 144), y es esta inclusión la que se materializó en el aval para la realización del ritual de armonización mediante la entrega de dineros para costearlo, que ignoró, mediante la reproducción de las relaciones coloniales, las evidentes rupturas en el tejido social que esto traería, acentuó así lo metafóricamente corrugado de los actores sociales en juego, y antepuso, como diría Harvey (2012) en su análisis sobre la posmodernidad, la estética a la ética.

Sumando insumos al debate sobre la reestructuración de la praxis arqueológica en el neoliberalismo, el arqueólogo Nicolas Zorzin (2017) hace un balance de la economía política que media entre las formas administrativas públicas y privadas del campo laboral arqueológico. Zorzin (2017) argumenta que en sus casos estudiados es el procesualismo, como enfoque positivista y economicista, el que ha sentado las bases ontológicas para la privatización parcial o total del oficio arqueológico a través de la modificación progresiva de los marcos jurídicos, logrando así que la participación de las comunidades locales se dé solo en los espacios avalados por estas nuevas legislaciones, usando esto como

una estrategia para procurar la corporativización de las organizaciones sociales o de los grupos étnicos y así ser asimilados por las sociedades nacionales ya inmiscuidas en el capitalismo neoliberal.

La observación de Zorzin (2017) tampoco se aleja mucho de lo acontecido en la crónica, pues es en medio de esta inestabilidad que surge en los intersticios entre la corporativización de la comunidad y la negociación de las formas tradicionales de vida que emergieron ciertas formas de violencia como lo fueron el secuestro y el robo, y si seguimos a profundidad uno de los postulados del filósofo esloveno Slavoj Žižek (2009): es esta *violencia subjetiva*, como estallido de violencia física, la que surge como producto de la *violencia sistémica* que se ejerce en el lenguaje y el discurso dentro del funcionamiento homogéneo de un sistema económico-político, como lo es el capitalismo neoliberal.

PERO, DESPUÉS DE TODO, ¿LA ARQUEOLOGÍA SIGUE SIENDO MODERNA?

Esta pregunta no solo trata de ser provocativa, sino que también busca ser engañosa al abrir la discusión hacia el llamado “giro posmoderno” desde el que se le ha hecho una crítica necesaria a la arqueología. Si bien varios autores han recalcado su carácter moderno y su estatus de abanderada en la creación de identidades –o bien sea dicho, imaginarios– nacionales, o en la consolidación de proyectos científicos estatales (Hamilakis 2007; 2017; Gnecco 2009; 2017a; Londoño 2012; 2016), resulta útil retomar acá esos aspectos que reiteran su modernidad y analizarlos a la luz del ejercicio actual de la arqueología preventiva como un eje programático de la *responsabilidad social corporativa* de la empresa privada desarrollista.

Para iniciar, Londoño (2016) hace algunas anotaciones importantes sobre los orígenes modernos de la arqueología, que Hamilakis (2007) llamaría como “oficial” por su carácter estatal, científico y académico. Esta arqueología nace en las etapas seminales de las repúblicas americanas como la heredera del interés científico de la Ilustración que caracterizó el final del período colonial (Londoño 2016), y que para entonces ya había producido el anticuarismo y el coleccionismo como formas de apropiación –privada– de materialidades antiguas por parte de las élites locales y regionales (Gnecco 2017b). Al ser necesaria la creación de un discurso nacional homogeneizante que se basara en la ficción

de un pasado glorioso colectivo, la arqueología se volvió una “necesidad moderna y del Estado” (Londoño 2016, 212). Clasificando bajo el rótulo de “identidad nacional” objetos, sitios y narrativas, la arqueología moderna también se convirtió en un útil dispositivo de gobierno, no solo de la gente, sino también del territorio, extendiendo y reafirmando los límites físicos de la soberanía estatal (Ayala 2014).

Estos antecedentes derivan en una relación fructífera entre el patrimonio como recurso nacional y el capitalismo. Hamilakis (2017) devela dicha relación argumentando que el proceso de mercantilización del ya reificado registro arqueológico inicia con el mismo proceso de nacionalización de la sociedad, pero que en las últimas décadas ha mutado en el marco del neoliberalismo hacia el desmantelamiento del patrimonio como estructura de la sociedad nacional, procurando así su inserción en la dinámica global del mercado; sin embargo, acá considero que, más allá de “desmantelar”, el capitalismo neoliberal ha instrumentalizado dichas estructuras nacionalizadas del patrimonio poniéndolas al servicio de la lógica del capital transnacional dentro de un Estado que, de hecho, ya lleva tiempo inmerso en las dinámicas del mercado neoliberal; es decir, el actuar de la empresa privada –dentro de los límites y alcances del mercado– toma la importancia que el Estado otorga al patrimonio arqueológico como materialización del origen de la historia nacional y la instrumentaliza dentro del marco multicultural para legitimar su oficio, creando así una relación entre el desarrollo, la investigación científica y la inversión social como parte de la *responsabilidad social corporativa*, que en palabras de Gnecco y Schmidt (2017b), es el escenario en el que el capitalismo “‘devuelve’ a la gente [...] lo que considera justo dar” (12).

Ante este panorama, solo queda ahora preguntarnos si como gremio estamos situando en el lugar correcto el *ethos* de la arqueología cuando lo impugnamos por reproducir los discursos ya arcaicos pero funcionales de la modernidad, y es precisamente en este espacio entre lo arcaico y lo funcional que la posmodernidad hace su aparición. Sumado a lo anterior, también hay que señalar que el multiculturalismo como dispositivo de la posmodernidad ha permitido la especialización de la maquinaria filosófica que incentiva el avance capitalista en los lugares liminales –geográficos y ontológicos– donde residen los *otros* de la modernidad (Gnecco y Schmidt 2017a); y es justamente Gnecco (2017b) quien reconoce este “multiculturalismo postnacional [insertado

en] tiempos postmodernos” (37-38) como el momento histórico donde nos encontramos, y que es posterior a la etapa de construcción nacional.

Ya en el ámbito laboral, los mismos autores señalan una instrumentalización del ejercicio arqueológico en tanto “circula en forma de mercancía y en la manera como es consumido por los públicos ávidos de un contacto con el tiempo acontecido” (Gnecco y Schmidt 2017a, 27). Al respecto, puedo sugerir puntos en común y de contraste entre sus planteamientos y el mío, ya que concordamos en que el momento histórico en el que nos encontramos –que es la posmodernidad– y su relación con el neoliberalismo ha producido un marco ontológico multicultural que engloba y homogeneiza un sinfín de sistemas de pensamiento con el objetivo de disciplinarlos y hacerlos funcionales para un mismo propósito (Gnecco 2017c), pero, por otro lado, tomo cierta distancia respecto a situar a “los otros de la modernidad” en parajes –de nuevo, geográficos y ontológicos– impolutos y no afectados por los efectos de dicha modernidad, y cuya declarada liminalidad es también un acto político.

Para resolver este disenso, elijo remitirme a los comentarios que Franz Flórez hizo del artículo del arqueólogo Wilhelm Londoño, titulado “Los ritos de lo arqueológico: la excavación” (2012), donde afirma que

no se sustenta por la vía de análisis foucaultiano arqueológico que el Estado en Colombia sea realmente moderno [además de que] los grupos étnicos no son víctimas ingenuas del colonialismo moderno, sino que también han sido agentes que aprovechan las ambigüedades y paternalismo de ese colonialismo para sacar provecho. (230-231)

Es justamente el tropiezo con la ingenuidad del carácter bucólico, que la modernidad le otorga al estilo de vida del *otro*, el que se puede leer en la performatividad con la que la comunidad definió el curso de la negociación con la empresa, tomando la delantera al no llegar a un acuerdo tras la primera reunión y asegurando así la obtención de una cifra mayor de dineros tras finalizar la negociación.

Es acá donde lo corrugado vuelve a manifestarse como la coraza endurecida con la que este *otro* se ha cubierto buscando no mostrarse vulnerable ante su opuesto y rival, y que de igual manera le permite

utilizar sus mismos métodos –en este caso, estrategias de negociación– para ganar ventaja en su propio terreno.

EL CAMPO LABORAL DE LA ARQUEOLOGÍA PREVENTIVA EN LA POSMODERNIDAD

Establecido lo anterior, cabe reparar ahora en las relaciones laborales que se tejen en este contexto y que son propias de lo que David Harvey (2012) llama *acumulación flexible* como característica del neoliberalismo posmoderno basada en la especulación de un capital ficticio, y donde lo efímero y huidizo reemplaza los modos de producción típicos del fordismo modernista. Acá las relaciones que se tejen entre las empresas y sus trabajadores están definidas por la corta duración de los contratos que, recogidos en la ops, procuran la separación tajante entre el contratante y el contratado mediante cláusulas como la responsabilidad del contratado de asumir el costo de sus parafiscales al igual que la ausencia de liquidaciones una vez es terminado el vínculo contractual, lo que normaliza condiciones de precarización y tercerización laboral propias del neoliberalismo. Gnecco y Schmidt (2017b) añaden a este panorama que “en este giro contractual el compromiso no es principalmente con una entidad trascendente que representa al pueblo (la nación), sino con una entidad trascendente (el mercado) que controla la política y la sociedad” (15), a lo que Hamilakis (2007) parece agregar que lo que caracteriza a este giro contractual es la consolidación de un viejo lastre de la arqueología: la despolitización del debate ético y la abolición de la dimensión política.

Estos aspectos contractuales parecen ser universales en los escenarios donde las labores de arqueología preventiva toman lugar, pues son sufridos tanto por los profesionales como por los obreros rasos, poniendo en tela de juicio el lugar que la modernidad otorgaba a los sujetos que asumían la autoridad al poseer el saber/hacer tecnocientífico, y el lugar que el capitalismo moderno-fordista otorgaba a su obrero-productor.

Para cerrar este punto hay que traer a colación algunos datos que dan cuenta de la realidad laboral de la arqueología preventiva en Colombia. En su artículo de 2016, “Arqueología por contrato y nuevos contratos arqueológicos”, el arqueólogo Wilhelm Londoño analizó quinientos informes de programas de arqueología preventiva (PAP) entregados al Icanh en el período 2008-2015, de los cuales el 60% son de industrias extractivas

(hidrocarburos, carbón y gas) y 20% para proyectos de infraestructura vial; cien de estos informes fueron de proyectos urbanísticos y menos de cincuenta para hidroeléctricas (Londoño 2016). Aunque sus conclusiones están dirigidas a evidenciar una proporción ampliamente dispar entre la producción de la arqueología preventiva contra la académica, estas cifras ofrecen un panorama tentativo sobre la cantidad de personas que hicieron, por lo menos durante el lapso estudiado, parte de proyectos de arqueología preventiva.

A la fecha, los datos que refleja el Icanh en su página web muestran un aumento claramente significativo: 6.887 informes arqueológicos (los cuales, seguramente, no están discriminados entre académicos y de preventiva) y 1.154 arqueólogos y arqueólogas registrados en el Registro Nacional de Arqueólogos (RNA), el cual es una base de datos que agrupa a los profesionales facultados para intervenir el patrimonio arqueológico y que entró en vigor a partir de 2017 (Icanh 2023). Por su parte, el arqueólogo y profesor Javier Giraldo se tomó la libertad de solicitar el acceso a la base de datos de una encuesta realizada en 2022 por la Asociación Colombiana de Arqueólogos (Acoarq) sobre las condiciones laborales del gremio y ofreció al público, mediante el grupo de Facebook *Investigación Arqueológica en Colombia*, del cual es administrador. Algunos análisis preliminares realizados sobre estos datos revelan los siguientes elementos: i) desde 1991, cuando empieza a regularse la arqueología preventiva como actividad del Estado multicultural, hasta la actualidad, se puede ver una reducción progresiva del salario ofrecido a recién egresados tomando como base de comparación el salario mínimo legal vigente de 2022, año de realización de la encuesta; ii) la introducción del RNA no supuso un aumento en este primer salario –como era esperado tras su implementación–; y iii) la brecha salarial entre hombres y mujeres es ostensible en los primeros años de ejercicio profesional y va disminuyendo conforme se obtienen títulos de posgrado (Giraldo 2023).

Respecto a la discriminación por género, Zambrano y Durán (2017) también ofrecen algunas anotaciones que engloban el ejercicio profesional no solo de la arqueología, sino también de la antropología, sosteniendo que la inserción asimétrica en el campo laboral va desde una menor incidencia de prácticas de autocuidado en las mujeres, hasta la poca representación femenina en labores masculinizadas, además,

por supuesto, de la generalización de casos de acoso dentro de estas labores y espacios también masculinizados. La sumatoria de todos estos insumos establece como evidente una reducción o, ya de lleno, una ausencia en las condiciones laborales dignas que se han experimentado progresivamente en el ejercicio profesional de la arqueología preventiva, donde el neoliberalismo “llega a flexibilizar y precarizar el mercado laboral y a someter la sociedad a la economía” (Ayala 2017, 145). A esto se añaden las pocas garantías en términos de seguridad física –como ya lo atestigua el anterior relato– con las que pueden contar los profesionales que constantemente se trasladan de un lugar a otro dentro de las dinámicas habituales de su trabajo.

No obstante, por otro lado, también es justo hacer un examen crítico del rol del arqueólogo preventivo en el entramado de relaciones construidas tanto en las áreas de intervención de los proyectos como por fuera de ellas, pues nosotros somos en sí la herramienta que encarna el espíritu multicultural del neoliberalismo en su relacionamiento con las comunidades locales. Depende de nosotros en buena medida el desarrollo de ese aparataje ontológico que permite traducir la materialidad del pasado a un lenguaje donde el mercado y el capital puedan apropiarla y darle un lugar. Es nuestro oficio el que propicia la expansión de la frontera del capitalismo a través de espacios físicos y metafóricos que son tan agrestes como íntimos y, querámoslo o no, también es nuestro oficio el que en parte genera que los actores sociales con los que nos relacionamos –ya sean comunidades locales, organizaciones sociales, empresas e incluso organismos estatales– produzcan para sí mismos las corazas corrugadas que los blindan contra los excesos no deseados del capital y los dotan de desconfianza acompañada de una marcada tendencia a tomar ventaja en cualquier escenario.

Ya mencionada la relación –opuesta a la tradición fordista de la modernidad– entre la empresa y el trabajador. Hay que traer ahora a colación la necesidad dentro del mercado de crear imágenes corporativas que representen a las empresas logrando una saturación mediática y ganándose un espacio en la cotidianidad del público y de sus competidores (Harvey 2012). Esta necesidad se materializó en la teatralidad de las reuniones que la empresa sostuvo con la comunidad para acordar los términos de la realización del proyecto en su territorio, pues su bandera discursiva –propia del neoliberalismo multicultural–

exhibió dicho acuerdo como una oportunidad laboral inmejorable para la comunidad que aseguró una relación fructífera y mutuamente provechosa entre la industria de hidrocarburos y las comunidades indígenas, una relación donde primó el respeto por las instituciones culturales y las tradiciones de la comunidad.

Al respecto, vale la pena centrar la atención en la negación posmoderna de los metarrelatos de la modernidad (Harris 2004; 2012), ya que es acá donde surge el multiculturalismo como una herramienta ontológica que a través de esta negación valida la diferencia homogeneizándola y domesticándola (Gnecco 2017c); sin embargo, sugiero que dicha relación entre el multiculturalismo y los metarrelatos no es necesariamente de negación sino más bien de instrumentalización, pues el marco multicultural en el que se inscribe el actuar de la empresa pone a interactuar en un mismo espacio y para un mismo propósito –el cual es la rápida rotación del capital– la voluntad colectiva de la comunidad (y dentro de ella sus tradiciones, prácticas y cosmogonías) junto con la capacidad de la arqueología de construir dichos metarrelatos en un ámbito científico y, por ende, positivista.

CONCLUSIONES

La crónica que da inicio al presente artículo pone elementos sobre la mesa que, al ser analizados, dan cuenta de los conflictos que genera y a los que se enfrenta el ejercicio arqueológico actual como herramienta de la *responsabilidad social corporativa* perteneciente al neoliberalismo multicultural. Estos conflictos son en sí el resultado de la fricción de las aquí llamadas *superficies corrugadas* que recubren a todos los componentes del escenario en cuestión (el equipo de arqueólogos, los equipos de ingeniería, la comunidad local y sus miembros contratados como obreros, e incluso hasta el territorio mismo). Sobre estas fricciones, puedo resaltar dos que ejemplifican la poco mediada relación entre la maquinaria del desarrollo y quienes habitan en los espacios liminales donde esta irrumpe en su ejercicio de expansión: i) las negociaciones entre la comunidad y la empresa donde cada bando esperaba obtener la mayor ventaja respecto al otro, y ii) el robo orquestado por los asaltantes que puso en riesgo la integridad tanto de los obreros como de los arqueólogos y del personal de la empresa. Si quisiera encontrar un motivo que explique la generación de dichas fricciones, podría

apuntar fácilmente a la tensión que genera la inyección sin precedentes de capital que ofrecen las empresas a modo de pago por el uso del territorio con un propósito específico, pues este fenómeno claramente rompe la cotidianidad al punto de ocasionar serias rupturas en el tejido social. Así, el dinero otorgado para la celebración comunal no solo fragmentó a la comunidad misma, sino que acentuó la diferencia económica entre la líder y el resto de miembros de la ranhería.

La celebración comunal que bajo el nombre de “ritual de armonización” procuró congregar a las familias de la ranhería en el momento de la extracción de las vasijas permite retomar el concepto de “violencia epistémica” que tanto se ha tratado para nombrar los reemplazos que las epistemes del aparato ontológico de la modernidad ejercen sobre las de otros sistemas alternos de pensamiento (Gnecco 2009; 2017a; Londoño 2012; Shepherd y Haber 2017; Shepherd 2017). Dicha violencia epistémica se aprecia en el uso que la empresa hizo del conocimiento arqueológico –uso creado y avalado por los arqueólogos, por supuesto– al otorgar a las vasijas una cronología relativa a partir su decoración –la ya bastante nombrada *superficie corrugada*– y situándolas en una línea unidireccional de tiempo antes de la llegada de la sociedad wayúu a la Península de La Guajira, para así generar un rompimiento entre la comunidad y los objetos, negando todo vínculo posible entre ellos, para finalmente ejecutar el rescate arqueológico y proseguir con la continuidad de la obra.

Esta instrumentalización de los dispositivos modernos de la arqueología que son usados a favor de las dinámicas del mercado, en conjunción con las subalternidades recogidas en el marco multicultural, es amparada por el neoliberalismo y reitera así la pertenencia del proyecto arqueológico contemporáneo a la posmodernidad, mientras que los elementos que lo siguen atando levemente a la modernidad tienen que ser tomados por aparte y entendidos en su contexto específico. Es posible incluso poner en duda la pertenencia de la arqueología al proyecto moderno a través del análisis a la instrumentalización de sus dispositivos, pues estos son puestos a trabajar bajo una misma bandera, bajo un mismo propósito, con el opuesto que la modernidad –en teoría– le otorga: el *otro* y sus mecanismos de representación política concebidos desde el multiculturalismo.

Estas nuevas funciones que la arqueología contemporánea en su versión más instrumental –la arqueología preventiva (Londoño 2016) –

desarrolla junto con su inesperada dupla –el otro como sujeto inscrito en el multiculturalismo neoliberal– resultan ser accesorias dentro del mismo sistema neoliberal, y es a través de su condición de accesorias que se les permite obrar, siempre y cuando no interfieran con la maquinaria desarrollista. Esta es la aparente lucha irreconciliable de opuestos que se resuelve, al estilo levistraussiano, mediante la intervención de un tercero que entra en escena, y que acá es la posmodernidad.

Establecido esto, no sobra entonces formular la pregunta incómoda: ¿por qué la producción de teoría crítica sigue entendiendo la arqueología y su versión corporativa como una herramienta de la modernidad? La respuesta, siendo más incómoda aún, oscila entre una validación prioritaria del lugar de enunciación de la arqueología desarrollada en la academia y los sujetos que la producen y la interpelan, y la desconexión entre este sector gremial y el que ha desarrollado la faceta mercantil de la disciplina.

Este escenario invita a ejercer análisis críticos hacia y desde los lugares de enunciación en los que se inscribe la arqueología preventiva, compartiendo ese privilegio con sus mayores críticos, quienes cuentan con la comodidad que ofrecen los ambientes académicos desde los que no siempre se tiene constancia de aspectos –como la crudeza en la realidad laboral– que se viven por fuera de ellos.

Esta invitación a repensar el lugar del oficio también lleva a pensar en otras metodologías que encuentren una salida, al menos ocasional, a los metarrelatos que produce la arqueología en su ejercicio profesional. Este es el caso de la etnografía arqueológica y su utilidad para situar y definir a los actores que entran y salen de la escena, y que construyen formas no necesariamente jerárquicas de relacionarse; sin embargo, su aplicación acá sugiere la necesidad de poner en práctica ciertos cambios y adaptaciones respecto a cómo la concibe Yannis Hamilakis (2011), uno de sus principales teóricos, pues en estos campos tan fugaces en los que opera la arqueología preventiva poco se puede hacer respecto a la intención de ejercer observaciones periódicas a través de plazos largos en los mismos lugares y con las mismas comunidades.

Ahora bien, retornando la mirada hacia los sujetos que ejercemos la práctica arqueológica, las observaciones hechas desde los planteamientos de la etnografía arqueológica permiten interpretar los posibles riesgos a los que pueden estar expuestas las personas que deciden aceptar

un empleo en arqueología preventiva en determinado lugar o momento. Considero que su utilidad va más allá de la crítica justa al aparato académico, el estatuto epistémico que puede entrar en el campo de la búsqueda de condiciones laborales cada vez más dignas a escala gremial, con garantías que aseguren un óptimo ambiente profesional en entornos en los que, a la orden del día, se sirve la precarización laboral.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Argüello, Pedro. 2021. *Métodos para la caracterización de la cerámica prehispánica*. Tunja: UPTC.
- Ayala, Patricia. 2014. "Patrimonialización y arqueología multicultural en San Pedro de Atacama (norte de Chile)". *Estudios Atacameños*, 49: 69-94. <https://dx.doi.org/10.4067/S0718-10432014000300005>
- Ayala, Patricia, 2017. "El multiculturalismo neoliberal y la arqueología de contrato en el norte de Chile". En *Crítica de la razón arqueológica*, compilado por Cristóbal Gnecco y Adriana Schmidt, 143-162. Bogotá: Icanh.
- Caviedes, Mauricio. "Oro a cambio de espejos: discurso hegemónico y contra-hegemónico en el movimiento indígena en Colombia 1982-1996". Tesis doctoral, Universidad Nacional de Colombia. 2011. <https://repositorio.unal.edu.co/handle/unal/7618>
- Botero, Luis Daniel. 2021. "Colombia y su proceso de neoliberalismo democrático autoritario". *Textos y Contextos* 23, 1: 30-42. <https://doi.org/10.29166/tyc.vi23.3313>.
- Dest, Anthony. 2021. "Desencantarse del estado": confrontando los límites del multiculturalismo neoliberal en Colombia". *Revista Colombiana de Antropología* 57, 1: 17-48. <https://doi.org/10.22380/2539472X.1374>
- Flórez, Franz. 2012. "Comentarios al artículo 'Los ritos de lo arqueológico: la excavación', de Wilhelm Londoño". *Maguaré* 26, 2: 226-232 <https://revistas.unal.edu.co/index.php/maguare/article/view/37917>
- Gnecco, Cristóbal. 2009. "Camino de la Arqueología: de la violencia epistémica a la relacionalidad". *Boletim de Museu Paranaense Emilio Goeldi. Ciências Humanas* 4, 1: 15-16. <http://scielo.iec.gov.br/pdf/bmpegch/v4n1/v4n1a03.pdf>
- Gnecco, Cristóbal. 2017a. *Antidecálogo. Diez ensayos (casi) arqueológicos*. Popayán: Universidad del Cauca.
- Gnecco, Cristóbal. 2017b. "Antropología y arqueología: relaciones oblicuas". En *Antidecálogo. Diez ensayos (casi) arqueológicos*, 37-57. Popayán: Universidad del Cauca.

- Gnecco, Cristóbal. 2017c. "Multivocalidad, años después". En *Antidecálogo. Diez ensayos (casi) arqueológicos*, 21-35. Popayán: Universidad del Cauca.
- Gnecco, Cristóbal y Adriana Schmidt. 2017a. *Crítica de la razón arqueológica*, compilado por Cristóbal Gnecco y Adriana Schmidt. Bogotá: Icanh.
- Gnecco, Cristóbal y Adriana Schmidt. 2017b. "Arqueología y capitalismo". En *Crítica de la razón arqueológica*, compilado por Cristóbal Gnecco y Adriana Schmidt: 25-28. Bogotá: Icanh.
- Gnecco, Cristóbal y Adriana Schmidt. 2017c. "Sobre arqueología de contrato". En *Crítica de la razón arqueológica*, compilado por Cristóbal Gnecco y Adriana Schmidt: 9-28. Bogotá: Icanh.
- Giraldo, Javier. 2023. Resultados preliminares de la encuesta sobre condiciones laborales en arqueología realizada por ACOARQU en 2022. <https://www.facebook.com/groups/179441165508363/permalink/6381814791937605>
<https://www.facebook.com/groups/179441165508363/permalink/6384117865040631>
<https://www.facebook.com/groups/179441165508363/permalink/6387419974710420>
<https://www.facebook.com/groups/179441165508363/permalink/6387492371369847>
<https://www.facebook.com/groups/179441165508363/permalink/6391950917590659>
- Hamilakis, Yannis. 2007. "From Ethics to Politics" En *Archaeology and Capitalism: From Ethics to Politics*, editado por Yannis Hamilakis y Philip Duke, 15-40. Walnut Creek: Left Coast Press.
- Hamilakis, Yannis. 2011. "Archaeological Ethnography: A Multitemporal Meeting Ground for Archaeology and Anthropology". *Annual Review of Anthropology* 40: 399-414. <https://doi.org/10.1146/annurev-anthro-081309-145732>
- Hamilakis, Yannis. 2017. "La arqueología y la lógica del capital." En *Crítica de la razón arqueológica*, compilado por Cristóbal Gnecco y Adriana Schmidt, 59-78. Bogotá: Icanh.
- Hamilakis, Yannis y Aris Anagnostopoulos. 2009. "What is Archaeological Ethnography?". *Public Archaeology* 8, 2-3: 65-87. <https://doi.org/10.1179/175355309X457150>
- Harris, Marvin. 2004. "Posmodernismo". En *Teorías sobre la cultura en la era posmoderna*, 153-159. Barcelona: Crítica.

- Harris, Marvin. 2018. *Vacas, cerdos, guerras y brujas. Los enigmas de la cultura*. Madrid: Alianza editorial.
- Harvey, David. 2012. *La condición de la posmodernidad. Investigación sobre los orígenes del cambio cultural*. Buenos Aires-Madrid: Amorrortu.
- ICANH (Instituto Colombiano de Antropología e Historia). 2023. *Catálogo bibliográfico*: <https://biblioteca.icanh.gov.co/cgi-bin/koha/pages.pl?p=nuestra>
- ICANH (Instituto Colombiano de Antropología e Historia). 2023. *Consulta Registro Nacional de Arqueólogos*: https://www.icanh.gov.co/?idcategoria=20832&pag=18&primer_nombre_arqueologo=&segundo_nombre_arqueologo=&primer_apellido_arqueologo=&segundo_apellido_arqueologo
- Londoño, Wilhelm. 2012. “Los ritos de lo arqueológico: la excavación”. *Maguaré* 26, 2: 203-216. <https://revistas.unal.edu.co/index.php/maguare/article/view/37917>
- Londoño, Wilhelm. 2016. “Arqueología de contrato y nuevos contratos arqueológicos”. *Jangwa Pana* 15, 1: 117-128. <https://revistas.unimagdalena.edu.co/index.php/jangwapana/article/view/1756/1241>
- Shepherd, Nick. 2017. “La arqueología y la conquista del tiempo”. En *La mano del arqueólogo. Ensayos 2002-2015*, 189-207. Popayán: Universidad del Cauca.
- Shepherd, Nick y Alejandro Haber. 2017. “La mano del arqueólogo. Catástrofe histórica, regímenes de cuidado e indisciplina”. En *La mano del arqueólogo. Ensayos 2002-2015*, editado por Nick Shepherd, 117-186. Popayán: Universidad del Cauca.
- Taussig, Michael. 2020. *Mi museo de la cocaína*. Popayán: Universidad del Cauca.
- Zambrano, Marta y Margarita Durán. 2017. “El efecto espejo: sexo, género y cuidado en las trayectorias profesionales y las jerarquías morales y laborales de la antropología en Colombia”. *Revista Colombiana de Sociología* 40, 2: 87-106. <https://doi.org/10.15446/rsc.v40n2.66386>
- Žižek, Slavoj. 2009. *Sobre la violencia. Seis reflexiones marginales*. Barcelona: Paidós.
- Zorzin, Nicolas. 2017. “Arqueología distópica: la implementación de la lógica del capital en el manejo del patrimonio.” En *Crítica de la razón arqueológica*, compilado por Cristóbal Gnecco y Adriana Schmidt, 163-188. Bogotá: Icanh.